

LA CLASE OBRERA y el Socialismo hoy

por

David Rey

[Biblioteca Virtual](#)
OMEGALFA



PRÓLOGO *

Cualquier época de la historia humana tiene su reflejo en el terreno ideológico. Resulta inevitable, por tanto, que en toda época de cierta reacción social el pensamiento político tienda a retroceder hacia atrás hasta etapas ya superadas desde hace mucho tiempo. León Trotsky, a propósito de esto, escribía:

“En estas condiciones la tarea de la vanguardia consiste, ante todo, en no dejarse sugestionar por el reflujo general: es necesario avanzar contra la corriente. Si las desfavorables relaciones de fuerzas no permiten conservar las antiguas posiciones políticas, por lo menos hay que conservar las posiciones ideológicas, pues la experiencia tan valiosa del pasado se ha concentrado en ellas. Ante los ojos de los mentecatos, tal política aparece como ‘sectaria’. En realidad no hace más que preparar un salto gigantesco hacia adelante impulsada por la oleada ascendente del nuevo período histórico”.

Esta frase enormemente inspiradora del gran revolucionario ruso nos traza la tarea fundamental que hemos de encarar los marxistas en el momento actual, para continuar en la lucha por la transformación socialista de la sociedad.

La caída del estalinismo, dio paso a una campaña sin precedentes desatada por la burguesía y sus acólitos en todo el mundo, contra las genuinas ideas del marxismo y del socialismo. Esto, unido a la relativa estabilidad económica y social vivida por los principales países capitalistas avanzados en los últimos veinte años, y a la persistencia del actual *boom* económico, ha sido aprovechado para sentenciar a muerte, una vez más, a toda idea de transformación social.

*

Procedencia del texto: **El Militante**
<http://argentina.elmilitante.org/teora-othermenu-54/5507-co.html>

Los marxistas no debemos tener miedo de reconocer que se ha producido un reflujo ideológico sin precedentes en las últimas décadas en el movimiento obrero, aturdido por la desorientación y la falta de perspectivas ante la desbandada general a la derecha que vemos entre los dirigentes obreros de las organizaciones tradicionales de masas en todos los países.

Sin embargo, resulta paradójico que en el mismo momento en que el propio FMI se ha visto obligado a reconocer en su último informe que jamás en la historia de la humanidad se había alcanzado un nivel de desigualdad económica y social como el que conocemos en los días de hoy; cuando las conquistas históricas de bienestar y seguridad en el trabajo de la clase obrera de los países más desarrollados están siendo cercenadas día a día; cuando la incertidumbre entre la juventud trabajadora es la norma a la hora de encarar su lugar en el seno de la sociedad capitalista; cuando las guerras, las enfermedades y la barbarie que sacuden a millones de personas en todo el planeta no disminuyen sino que crecen año tras año; cuando la anarquía de la producción capitalista está preparando una crisis de enormes proporciones en la economía mundial; resulta paradójico, decimos, que todas las tendencias dentro del movimiento obrero, desde las más moderadas hasta las más *izquierdistas*, den como bueno el actual estado de cosas, bien santificando al capitalismo como el sistema “menos malo” posible, bien escondiendo la cabeza bajo el suelo, a la espera de tiempos mejores.

Como una muestra más de esta postración ideológica, en los últimos años, sesudos analistas dentro del movimiento obrero están repitiendo como loros las vulgaridades que cocinan en sus despachos algunos economistas burgueses, bombardeándonos con una nueva andanada de “pruebas y hechos” que demuestran de manera concluyente y definitiva que el análisis marxista está seriamente “dañado”, particularmente a raíz de la irrupción de la llamada *nueva economía*. Así hablan de que ya

no existe la clase obrera “en sentido tradicional” por el cambio producido con la introducción nuevas tecnologías en la producción, de la aparición de las *nuevas clases medias* que hace más compleja la estructura de clases en la sociedad, de la *terciarización* de la economía – la preponderancia aparente del sector servicios – en detrimento de la industria y, por ende, de la disminución de la importancia de ésta y de los obreros industriales en el sistema económico capitalista.

Lo que sorprende de estos análisis no es lo que dicen; sino que, esencialmente, no hay nada nuevo en ellos. Palabra por palabra, se vuelven a repetir los mismos argumentos contra las ideas fundamentales del marxismo que hemos escuchado en los últimos cien años. Con este trabajo pretendemos responder estos argumentos y oponer, frente a ellos, la completa validez de las *viejas* ideas del marxismo.

Para nosotros, el conjunto de ideas y de análisis que ofrece el marxismo son la mejor herramienta de que dispone la clase obrera para comprender el presente y la única para ganar el futuro.

Con esta aportación no pretendemos ni podemos agotar todos los temas en discusión, sino que hemos querido centrarnos en el análisis de tres aspectos vitales hoy para el movimiento obrero, y que están siendo sometidos al fuego graneado de la propaganda de la burguesía y de sus voceros en su lucha contra las ideas del marxismo: la definición del concepto de clase obrera, el papel de ésta en la economía capitalista, y el proceso de formación de la conciencia de clase como paso ineludible para afrontar la transformación socialista de la sociedad.

Málaga, octubre año 2000

1ª Parte:

LA CLASE OBRERA Y LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA

Clase obrera y clase capitalista

La sociedad capitalista se apoya en la existencia de dos clases sociales: la clase capitalista o burguesa y la clase obrera o asalariada. Mientras que el resto de clases y capas sociales intermedias (pequeños campesinos, comerciantes, artesanos, etc.) son residuos de estructuras económicas antiguas y atrasadas, y oscilan en su desenvolvimiento entre los capitalistas y los asalariados, la clase obrera es el producto más genuino del sistema económico capitalista. Mientras más desarrollada se encuentra la economía capitalista, mayor es la fuerza numérica y el peso social de los asalariados. En todos los países capitalistas desarrollados, sin excepción, la clase obrera representa en torno al 75%-85% de la población activa. Y en la mayoría de los países ex coloniales y subdesarrollados adquiere una fuerza creciente, teniendo en muchos de ellos el mismo peso numérico y social que en sus antiguas metrópolis.

La economía capitalista necesita de dos condiciones fundamentales para poder existir:

- a) La existencia del trabajador *libre*. Entendiendo aquí como *libre* la ausencia de ataduras sociales que impidan al trabajador vender su fuerza de trabajo al propietario de una empresa a cambio de un salario.

b) La separación del trabajador asalariado de la propiedad de sus medios de trabajo. La propiedad de éstos (herramientas, máquinas, materias primas, etc.) la ostenta el capitalista, el empresario.

Así pues, el trabajador asalariado se encuentra en una situación doblemente antagónica en relación a la propiedad: por una parte, no pertenece *en propiedad* a su patrón (como sí ocurría con quienes trabajaban bajo la esclavitud y, hasta cierto punto, bajo la servidumbre feudal), pero tampoco posee *en propiedad* los medios de trabajo que le permitan adquirir por su cuenta sus medios de vida, pues de otro modo sería un pequeño propietario: campesino, artesano, tendero, profesional por cuenta propia, etc.

La existencia del trabajador libre así entendida es la condición que necesita el burgués para poder disponer de la masa de obreros suficiente para desarrollar su labor productiva en una empresa capitalista.

Una clase social es un grupo humano que tiene una identidad de intereses derivada de su relación con la producción y la reproducción de sus medios de vida y de trabajo. En cada época, lo que determina la aparición y el carácter de dichas clases sociales es la manera en cómo se producen y cómo se apropian los productos del trabajo social. Así, la identidad de intereses de las diferentes clases sociales está determinada por el papel que juegan en la producción social y la manera en que se apropian de los productos del trabajo social. Bajo el sistema capitalista, los productos del trabajo social asumen la forma de *mercancías*, es decir, la forma de objetos producidos por el trabajo humano destinados a la venta, y que se dividen en medios de consumo (medios de vida) y en medios de producción (medios de trabajo).

Los capitalistas son los propietarios de los medios de producción y, por lo tanto, de las mercancías producidas por éstos y

por los trabajadores asalariados. De esta manera, el conjunto de los capitalistas forman la clase capitalista. No todos los capitalistas individuales se dedican directamente a la producción de mercancías. También dentro de la clase capitalista existe una división del trabajo. Hay capitalistas que se dedican exclusivamente al comercio y distribución de mercancías (capital comercial), al préstamo de capital y dinero (capital bancario), y a otras actividades, muchas de ellas fusionadas con la propia producción fabril. Todas estas actividades son un complemento indispensable para que el complicado engranaje de la economía capitalista pueda desarrollar su tarea fundamental: la producción y venta de mercancías.

Los trabajadores asalariados sólo pueden acceder a sus medios de vida (esto es, a su propia existencia como seres humanos bajo las condiciones que impone la moderna sociedad capitalista) trabajando para los capitalistas por un salario con el que compran a éstos dichos medios de vida.^[1] Por esto constituyen la clase obrera (la clase que trabaja), independientemente de la diversidad de oficios y ocupaciones en que se ramifica el trabajo asalariado.

Al obrero no se le retribuye completamente, en salario, todo el valor que incorpora a las mercancías durante el proceso de trabajo. En su obra monumental, *El Capital*, Marx explica detalladamente cómo durante una parte de la jornada laboral el

¹ Es importante señalar que el capitalista no paga el “trabajo” del obrero, sino su “fuerza de trabajo”, su capacidad física e intelectual para desarrollar un trabajo en las condiciones sociales dadas. En cualquier empresa, el trabajador asalariado desarrolla una labor productiva. El trabajador, con su esfuerzo manual e intelectual, gasta energía, músculos, nervios, etc. que deben ser repuestos diariamente. Para reponer sus energías gastadas, y mantener a su familia en las condiciones de vida media fijadas en cada época, al trabajador se le retribuye con dinero; es decir, mediante un salario, con el que puede adquirir sus medios de vida y así estar en condiciones de seguir trabajando.

obrero incorpora un valor que, convertido en dinero, equivale a su salario (tiempo de trabajo *necesario*); pero otra parte de la jornada laboral trabaja gratis para el capitalista (tiempo de trabajo *excedente*). Así, el valor del producto del trabajo no retribuido al obrero se lo apropia el capitalista. Este valor recibe el nombre de **Plusvalía**, y es la fuente de donde surge la ganancia del capitalista. Con el dinero obtenido de la venta de las mercancías, el capitalista paga el salario a los obreros y repone los demás elementos materiales que intervienen en la fabricación de mercancías (materias primas, desgaste de las máquinas, energía, etc.); lo que sobra es su ganancia, después de descontar una parte para el comerciante que le vende las mercancías, los intereses de los créditos del banco, el alquiler de los terrenos donde se levantan sus instalaciones, los impuestos del Estado, etc. Así pues, todos los sectores de la clase capitalista (fabricantes y terratenientes, comerciantes, banqueros, etc.) y el Estado, todo ellos viven del trabajo de la clase obrera.

La identidad de intereses de la clase capitalista se manifiesta en su afán por perpetuar su propiedad sobre los medios de producción de mercancías, de cuya venta obtiene sus medios de vida y todos sus privilegios sociales en esta sociedad, medios de vida y privilegios sociales obtenidos mediante la apropiación del trabajo excedente que deja la clase obrera en dichas mercancías.

La identidad de intereses de la clase obrera se manifiesta en su absoluta dependencia de la clase capitalista para obtener sus medios de vida, independientemente del oficio u ocupación, y en su lucha constante contra esta misma clase capitalista por mantener y aumentar dichos medios de vida adquiridos con el salario recibido por su trabajo; es decir en su lucha constante contra la clase capitalista por la plusvalía, por el valor incorporado durante el tiempo de trabajo excedente.

De esta manera, el capitalismo se revela como un sistema de explotación, opresión y robo, como el feudalismo y el esclavismo. Y al mismo tiempo, la lucha de la clase obrera por mayores salarios y por la reducción de la jornada laboral encuentra su justificación histórica. Esta lucha por la posesión de la *plusvalía*, es el motor de la lucha de clases bajo el capitalismo, la justa lucha de la clase obrera por arrebatar a la clase capitalista todo el valor que crea con su trabajo. O, para decirlo de otra manera, la lucha de clases bajo el capitalismo es, en esencia, una lucha por la apropiación del trabajo excedente de la sociedad.

La tendencia de la economía capitalista a extender el sistema de trabajo asalariado en todos los sectores de la economía no es caprichosa. Este sistema, en una sociedad dividida en clases, es el que de una manera más completa es capaz de desarrollar la productividad del trabajo humano, teniendo su nervio motriz en la obtención del beneficio capitalista.

Mineros, obreros de fábrica, maestros y profesores, administrativos, jornaleros del campo, funcionarios, bancarios, informáticos, telefonistas, trabajadores de la salud (enfermeros, médicos, profesionales, conductores de ambulancias, personal de mantenimiento de hospitales, etc.), obreros del transporte (autobuses, ferrocarriles, metro, etc.), comerciales, obreros de artes gráficas, obreros de la construcción (albañiles, peones, alicatadores, encofradores, gruístas, fontaneros, electricistas, etc.), empleados de comercio, de la hostelería, etc. Todos sin excepción entran dentro de la clase obrera, por la única y simple razón de que, careciendo de propiedad (entendiendo como tal la posesión de medios de producción) sólo pueden acceder a sus medios de vida trabajando a cambio de un salario, correspondiéndoles la identidad de intereses a que antes hacíamos referencia.

Esta definición científica y consistente de clase social demuestra que nunca antes en la historia la clase social de los trabajadores asalariados ha sido tan fuerte, numérica y socialmente, como hoy en día.

La clase obrera, el producto más genuino de la sociedad capitalista

A diferencia de lo que sucedía con los productores de las formaciones económicas precapitalistas (feudalismo, esclavismo, comunismo primitivo), el capitalista no produce para satisfacer sus necesidades personales, sino mercancías para vender en el mercado y obtener un beneficio. Como la obtención del beneficio capitalista va ligado a la venta de mercancías (ya que el valor de las mismas incluye la plusvalía, el valor del trabajo excedente no pagado al obrero) cada capitalista particular se ve inclinado, obligado, y estimulado por la competencia, a vender cuanto más mejor. Por eso la producción capitalista tiende irresistiblemente a la producción *en masa*, para así obtener el máximo posible de beneficio. Producción que excede claramente el trabajo y el esfuerzo de un solo individuo –posición que ocupaba el artesano en el feudalismo, requiriendo la necesidad de ocupar a trabajadores a sueldo para hacer factible la producción en dicha empresa. De aquí que el obrero resulte ser el producto más genuino y necesario de la producción capitalista.

Cualquier pequeña empresa, si tiene éxito, debe aumentar la escala de su producción, creciendo en tamaño, en fuerzas productivas y en obreros asalariados para poder hacer frente a esta producción en masa. Así es como, históricamente, han surgido del tendero el hipermercado; del pequeño taller, la fábrica; y del usurero, el banquero moderno.

El sistema capitalista, basado en la propiedad privada de los medios de producción y en la búsqueda del máximo beneficio, necesita del trabajo asalariado para existir. Es más, todo nuevo producto, invención o ingenio mecánico que pueda tener un fin práctico y útil para la sociedad es adoptado indefectiblemente por la producción capitalista bajo la forma de mercancía para su producción y venta en masa. Ni el automóvil, los electrodomésticos, el ordenador o el teléfono móvil existían hace ciento veinte años, cuando el capitalismo era ya un sistema maduro y plenamente desarrollado. Sin embargo, hoy como ayer, todos estos productos necesitan ser fabricados en grandes instalaciones donde trabajan miles de obreros. Auguramos a los críticos del marxismo que todo nuevo producto que surja en el mercado con un fin práctico útil, tenderá inevitablemente a ser producido en masa y que, para su fabricación, se precisarán grandes plantas industriales con miles de obreros.

“Al reproducirse el capital, siempre lo hace también su instrumento, la fuerza de trabajo. El término acumulación del capital equivale al de aumento del proletariado” (Marx, *El Capital*, Vol. 1, pág. 558. Ed. Cubana).

El sistema capitalista no es sólo un sistema de producción de mercancías, sino que, además, es un sistema que tiene que reproducir sus condiciones materiales de existencia: los medios de producción y la fuerza de trabajo, la clase obrera.

“El proceso de producción capitalista reproduce por sí mismo una separación entre el trabajador y sus condiciones de trabajo. Reproduce y eterniza, por ello, las condiciones que fuerzan al obrero a venderse para vivir, al tiempo que permite al capitalista comprarle para enriquecerse (...) El trabajador, más que venderse a un capitalista individual, pertenece de lleno a toda la clase capitalista. Su servidumbre económica está mediatizada, al tiempo que disfrazada, por la periódica renovación de este acto de venta, por la ficción del contrato libre, por el cambio de sus patronos individuales y por las oscilaciones del precio del trabajo en el mercado. El proceso de producción capitalista considerado en su continuidad, o como reproducción, no produce solamente mercancía y plusvalía; produce y eterniza la relación social entre capitalista y asalariado”

(Marx, *El Capital*, Vol. I, pág. 523. Ed. Cubana).

Bajo el sistema económico capitalista el desarrollo de las fuerzas productivas adquiere un carácter mundial, desconocido en las sociedades humanas anteriores. “Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes... Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países” (Marx y Engels, *El Manifiesto Comunista*, pág. 42. Fundación Federico Engels). Así, este desarrollo mundial de las fuerzas productivas tiene como consecuencia inevitable una división del trabajo y también una extensión, un desarrollo y un fortalecimiento cada vez mayor de la clase obrera a nivel mundial.

El mito de las clases medias

Desde hace décadas, se convirtió en un lugar común la afirmación de que en cualquier país capitalista avanzado o de desarrollo mediano el sector social predominante es la clase media. Aristóteles afirmaba que la virtud se encontraba en el punto medio de los extremos, de ahí que nuestros políticos burgueses y sus corifeos en los medios de comunicación y las universidades insistan una y otra vez en que lo deseable y virtuoso es ser o aspirar a convertirse en “clase media”. El término “clase media” no es científico y se presta a múltiples equívocos. Hasta la mitad del siglo XIX designaba a la naciente burguesía, que se situaba así en el punto medio entre la aristocracia financiera y terrateniente, denominada “clase alta”, y los trabajadores asalariados, campesinos y pobres de la ciudad que representaban la llamada “clase baja”.

Las estadísticas más recientes de cualquier país de las características mencionadas anteriormente revelan claramente que los trabajadores asalariados componen la abrumadora mayoría de la población económicamente activa y, por lo tanto, de la población de esos países. Para corroborar nuestro análisis daremos las cifras correspondientes a dos países de desarrollo mediano de Europa y América Latina, como son España y Argentina. En el caso de España, según las cifras de la Encuesta de Población Activa elaboradas por el Instituto Nacional de Estadística (INE), correspondientes al segundo trimestre del 2008, el número de asalariados activos en el Estado español era de 16.853.000, el número de empresarios de 3.572.100 y el número de desempleados de 2.381.500.

Contando sólo los ocupados (asalariados y empresarios), obtenemos una cifra total de 20.425.100 personas, con lo que el porcentaje de asalariados resulta ser el 82,5% del total. Si incluyéramos a los desempleados entre los asalariados, puesto que aquéllos no son otra cosa que obreros sin trabajo, el porcentaje de asalariados se eleva hasta el 84,3 %.

Por otro lado, la cifra de empresarios está completamente distorsionada. Los trabajadores que figuran bajo la categoría de “autónomos” y trabajadores por cuenta propia se incluyen dentro de los mismos. Y el número de autónomos y cuentapropistas, muchos de los cuales son trabajadores asalariados que se ven obligados a pagarse sus cotizaciones a la seguridad social para recibir prestaciones de salud y de jubilación, representa un porcentaje muy alto de los mismos. También incluyen en estas cifras a las pequeñas empresas y negocios familiares donde trabajan, a lo sumo, dos o tres miembros de una misma familia.

El caso de Argentina es parecido. Según las cifras del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) proporcionadas por el Ministerio de Trabajo a fines del 2010, el número de

asalariados activos en la Argentina era de 11.808.000, los no asalariados eran 3.571.000, de los cuales 2.928.000 figuraban como cuentapropistas y trabajadores familiares; y los desocupados 1.159.000.

Contando los ocupados obtenemos una cifra total de 15.379.000 personas, siendo el porcentaje de asalariados el 76,8% del total. Si incluyéramos a los desocupados entre los asalariados el porcentaje de asalariados sube hasta el 78,4 %.

Con lo cual, utilizando los propios datos que nos proporcionan las estadísticas oficiales, se confirma la poderosa correlación de fuerzas que existe a favor de la clase obrera en cualquier país capitalista medio. Sin embargo, nuestros críticos alborotan todo el tiempo hablando de la fuerza de las clases medias, en oposición a la debilidad de la clase obrera.

Desde un punto de vista científico, las clases medias comprenden al sector de la población que trabaja manual o intelectualmente, pero es dueña de sus medios de trabajo, a diferencia de la clase obrera. Las clases medias son un sector muy heterogéneo. Tan clase media es el pequeño campesino que apenas sobrevive con su pedazo de tierra, como un propietario mediano con 20 ó 40 hectáreas; o el pequeño tendero del barrio y el abogado que dirige un bufete de prestigio. Sus estratos más bajos viven y trabajan en condiciones parecidas a las de muchos trabajadores, mientras que su estrato superior tiene muchos puntos de contacto con la burguesía.

No sólo numérica, sino socialmente las clases medias son mucho más débiles que la clase obrera. Debido a sus condiciones de vida y trabajo, son orgánicamente incapaces de jugar un papel independiente en la sociedad, de ahí que sus apoyos y simpatías oscilen continuamente entre la burguesía y los trabajadores.

Bien es verdad que los marxistas sí diferenciamos entre *clase media* y un sector algo más numeroso de la población: las *capas medias*, es decir un grupo social que engloba a las clases medias, a elementos semiproletarios y a los estratos superiores o periféricos de la clase obrera, que por sus condiciones de vida y sus relaciones sociales pueden, eventualmente, estar más cerca de los sectores medios de la clase media; adoptando, incluso en su psicología, comportamientos ajenos a los de las amplias masas de la clase obrera. Sería un error tomar esto en un sentido absoluto. La psicología y la conciencia de estas capas superiores o periféricas de la clase obrera son muy heterogéneas y cambiantes, y entre ellos también se encuentran obreros con conciencia de clase, que no han perdido sus vínculos con el resto de la clase trabajadora. Entre estas capas podemos distinguir a sectores del profesorado (muchos de los cuales proceden de las clases medias), el sector asalariado de los médicos y abogados, empleados públicos, o sectores muy recientemente incorporados a la clase obrera, procedentes de diferente extracción social. En cualquier caso, la fuerza social y numérica de las amplias masas de la clase obrera continúa siendo infinitamente mayor que la de estas capas medias.

Lo que mucha gente confunde es el concepto de *clase social* con el de *nivel de vida*. Así, si en la mayoría de los países los trabajadores no se mueren de hambre y muchos de ellos pueden acceder a condiciones de vida más elevadas, ya han dejado de ser clase obrera y se han convertido en clase media. Así razonan muchos teóricos y sociólogos, con un esquema que representa una vulgarización grosera del marxismo.

El marxismo nunca ha negado, sería estúpido hacerlo además, la posibilidad de un aumento en el nivel de vida de amplias capas de la clase obrera. El mismo sistema capitalista se ve obligado a adaptar el salario de los trabajadores a las condiciones sociales cambiantes en que se desenvuelve, para sobrevivir.

Así, por ejemplo, hace 80 años disponer de un coche era un lujo para la inmensa mayoría de los trabajadores, además de por su elevado precio comparado con el salario de la época, también porque no era esencial disponer del mismo para desenvolverse en la sociedad capitalista. Hoy, en cambio, el automóvil (como la televisión, la radio y el teléfono móvil) es vital para desenvolverse en la misma. En concreto, el desplazamiento en coche al lugar de trabajo juega un papel esencial para que el sistema productivo pueda funcionar cada día.

El sistema se ve obligado a reflejar en el salario de los trabajadores esta realidad si quiere seguir existiendo. Pero lo que sería ridículo es deducir de este hecho que los trabajadores se han aburguesado o se han convertido en clase media. El coche es un objeto de consumo, un medio de vida, y no un medio de producción.^[2] La relación social obrero-capitalista no desaparece por este hecho. Los capitalistas siguen explotando a estos obreros y extrayéndoles plusvalía.

Lo que el marxismo sí afirma es que, en cada época, los capitalistas intentan mantener el salario de los trabajadores en el mínimo necesario para que puedan vivir en las condiciones sociales existentes. El límite máximo de salario que los capitalistas pueden dar a los trabajadores, por supuesto siempre que sus beneficios no se pongan en cuestión, es aquél que no les pueda liberar de vender su fuerza de trabajo a estos mismos capitalistas al final de cada mes.

Y lo que el marxismo también afirma es que toda conquista en el nivel de vida y en las condiciones de trabajo de la clase obrera no es eterna. Que cuando cambia la correlación de fuerzas entre las clases, fruto de una derrota sindical o, en un plano más elevado, de una derrota revolucionaria, o bien fruto de una

² Con la excepción de ocupaciones tales como el servicio de taxi, chóferes, y similares.

aguda crisis en la economía capitalista, muchas de estas conquistas se desvanecen. Que sólo la transformación socialista de la sociedad puede garantizar permanentemente los avances sociales y elevarlos indefinidamente.

El papel de la industria en la economía capitalista

Actualmente está de moda entre los apologistas del capitalismo desprestigiar la importancia de la industria en la economía capitalista; lo que demuestra, por un lado, su estúpida ignorancia y, por otro, su afán consciente por tergiversar la realidad para desviar la atención de la clase obrera de sus objetivos históricos, pretendiendo debilitar su conciencia. Así, en un artículo aparecido en el diario español *El País* (24/7/00), titulado *La revolución del siglo XXI se libra en la red*, José Cercós, presidente de la empresa de seguros Winterthur, afirmaba auténticos disparates como éste: “Con la nueva economía no sólo cambian los instrumentos de producción, sino el contenido. *De fabricar cosas en el siglo XX vamos a pasar a procesar información en el siglo XXI*. Ésa es la gran transformación” (énfasis nuestro).

La producción industrial constituye la base sobre la que se sustenta la moderna sociedad capitalista. Siempre ha sido así, y siempre será así. Todas las vulgares habladurías sobre la *sociedad de servicios*, sobre el declinar de la industria y del papel de los obreros industriales, no resisten la más mínima crítica científica.

Cualquiera puede hacer la prueba, incluido el señor Cercós. La ropa que nos viste, los alimentos que tomamos, los ladrillos de que están hechos los edificios, los bolígrafos, el papel, los coches, aviones, televisores, ordenadores, periódicos, los billetes y monedas; en fin, casi todo lo que nos rodea está produci-

do en fábricas o instalaciones industriales. Sin la producción fabril la sociedad capitalista colapsaría en 24 horas. Esto es algo tan elemental que resulta una puerilidad detenerse en explicarlo, pero ¡a tan miserable nivel ha descendido la *moderna* ciencia burguesa propalada por estas *lumberas* salidas de la universidad!

La importancia de la industria, bajo el capitalismo, no reside sólo en su función de productora de *valores de uso*, de producción de objetos útiles, sino también como única fuente (junto con la agricultura) creadora de *plusvalía*, el auténtico motor de la producción capitalista.

“El capital industrial es el único modo de existencia del capital en que su función no consiste solamente en apropiación de plusvalía o del producto excedente, sino también en su creación. Por eso este capital condiciona el carácter capitalista de la producción; su existencia implica la de la contradicción de clase entre capitalistas y obreros asalariados (...) Las demás variedades de capital que aparecieron antes que él en el seno de condiciones sociales de producción acabadas o en decadencia, se subordinan a él y sufren modificaciones apropiadas en el mecanismo de sus funciones. Más aún, no se mueven más que sobre su base; viven y mueren, persisten y sucumben con esta base que él les proporciona” (Marx, *El Capital*, Vol. II, pág. 53, Ed. Cubana).

Como explica Marx, el resto de capitales no vinculados directamente a la producción (capital comercial, capital bancario, y gran parte de lo que se entiende como el sector servicios) está supeditado, en cuanto a su propia existencia y en cuanto a la apropiación de plusvalía y, por lo tanto, a la obtención de beneficios, al capital orientado a la producción de *valores de uso* por medio del trabajo asalariado (industria y agricultura), única manera de producir plusvalía. La realidad diaria demuestra cómo toda perturbación seria en la industria y la agricultura causa efectos inmediatos en el resto de la economía capitalista. En el volumen III de *El Capital*, Marx explica detalladamente el mecanismo mediante el cual se reparte la plusvalía, origina-

da en la industria y la agricultura, entre todos los sectores que participan en la economía capitalista.

Desde un punto de vista marxista, el sector industrial abarca no solamente las fábricas, instalaciones industriales y minas, sino todos aquellos sectores económicos que rinden una plusvalía y, por lo tanto, incorporan valor a las mercancías producidas o transportadas, como es el sector de la construcción (aquí las mercancías son las casas y edificios que incluyen en su valor la plusvalía incorporada por los obreros en el proceso de construcción), los transportes de mercancías (añaden un valor y una plusvalía extra a las mercancías transportadas al requerir trabajo humano asalariado para movilizarlas), el transporte de trabajadores a su lugar de trabajo (que añade un costo – un valor extra – a la mercancía fuerza de trabajo; es decir, al salario del obrero), las telecomunicaciones, el sector energético (electricidad, petróleo, gas), la producción de alimentos y bebidas en establecimientos hosteleros, etc. También incluye la producción de *software* –programas informáticos–, a cargo de ingenieros y obreros especializados, que es un tipo especial de tecnología de aplicación casi universal en máquinas-herramienta, computadoras, y bienes de consumo en general. La división del trabajo y la invención de nuevas técnicas y métodos de trabajo, impuestos por la producción capitalista, lejos de reducir la parte industrial de la economía capitalista la amplían cada vez más.

“La industria moderna nunca considera ni trata como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Por consiguiente, su base técnica es revolucionaria, mientras que la de todos los modos de producción anteriores era esencialmente conservadora. Mediante las máquinas, los procedimientos químicos y demás métodos, la industria moderna revoluciona constantemente la base técnica de la producción, y con ella las funciones de los obreros y las combinaciones sociales del proceso de trabajo. De este modo, revoluciona también, no menos incesantemente, la división del trabajo dentro de la sociedad, lanzando sin cesar masas de

capitales y obreros de una a otra rama de de la producción” (Marx, *El Capital*, Vol. I, pág. 437. Ed. Cubana).

Resulta curioso que estos abogados *desindustrialistas* de la economía, no tengan tiempo para explicarnos cómo se puede entender la irrupción en la economía mundial de países como Corea del Sur, China, India o Brasil, sin la enorme fortaleza industrial acumulada por estos países en las últimas décadas. Por no hablar del liderazgo ejercido en la economía europea por Alemania gracias a su poderosa industria. En sentido contrario, vemos cómo antiguas potencias industriales de primer orden, como Gran Bretaña, no hacen más que declinar su importancia en la economía mundial en la medida que su burguesía ha desmantelado gran parte de la producción industrial.

El hecho de que haya sectores de la economía capitalista que no se dediquen directamente a la producción de mercancías (una gran parte del famoso *sector servicios*) no significa que dejen de estar, por ello, supeditados a la producción mercantil, como antes indicamos. Y en lo que respecta a sus trabajadores, estos sectores de la economía se ven obligados a transplantar los métodos de trabajo de la industria —el sistema de trabajo asalariado— para poder funcionar.

La pequeña empresa y la gran producción

Los defensores de la *economía de libre mercado* destacan la pujanza de muchas empresas medianas, lo que contradice, según ellos, la tendencia a la concentración de la producción vaticinada por el marxismo.

Como tantas, ésta no deja de ser una afirmación gratuita. En los últimos diez años hemos asistido a una impresionante concentración de la producción en un número cada vez menor de empresas multinacionales, en prácticamente todos los sectores

productivos: acero, automóvil, química, papel, aeronáutica, construcción naval, banca, hidrocarburos, telecomunicaciones, etc. “Sólo en la primera mitad de 1998, las absorciones empresariales en EEUU implicaron la astronómica cantidad de 949.000 millones de dólares. No menos del 20% de toda la actividad económica. En la primera mitad de 1999 hubo implicada una cantidad adicional de 570.000 millones de dólares en las fusiones. Esto no se limita a EEUU. En el mismo período, las fusiones en la UE alcanzaron los 346.000 millones de dólares. Y esta tendencia no muestra signos de reducirse. El proceso de fusiones en todo el mundo en los tres primeros trimestres de 1999 supuso el 16% más que en el mismo período del año anterior, alcanzando un nuevo récord de 2,2 billones de dólares, de acuerdo con Thompson Financial Securities” (Alan Woods, ‘En el filo de la navaja’, publicado en *Marxismo Hoy* nº 7, Abril 2000. Fundación Federico Engels). Más recientemente, antes de la gran crisis capitalista del 2008, el año 2006 marcó un nuevo récord en el volumen de fusiones y adquisiciones de empresas alrededor del mundo al alcanzar la cifra de 3,79 billones de dólares, lo que significó un aumento del 38 por ciento respecto al año 2005 y una nueva marca histórica (*Gustavo Manrique Salas. “Comunicaciones estratégicas - Fusiones y Adquisiciones. Apuntes del DIRCOM” 28 de agosto 2010*).

Actualmente son 200 grandes multinacionales, que cubren todos los sectores productivos, las que controlan las palancas fundamentales de la economía mundial, teniendo muchas de ellas un poder económico, e incluso político, superior a los de muchos Estados nacionales.

La plantilla media de estas grandes multinacionales como General Motors, Volkswagen, Glaxo, Boeing, Deutsche Bank, Toyota, General Electric, IBM, Microsoft, Telefónica, etc. alcanzan los 100.000, los 200.000 y hasta los 600.000 trabajado-

res, cifras desconocidas para las grandes empresas capitalistas de hace 80 ó 90 años, cuando supuestamente el marxismo *todavía* tenía alguna razón de ser.

El análisis más elemental demuestra que el predominio de la pequeña empresa en un país no significa más desarrollo, sino todo lo contrario. Los países capitalistas más desarrollados tienen una proporción mayor de grandes empresas que aquellos que representan un tipo de capitalismo más débil y atrasado. Esto se ve claramente, incluso en Europa, si comparamos el desarrollo industrial, por ejemplo, de Grecia, Portugal o España con el de los Estados Unidos, Japón o Alemania. O en América Latina, si comparamos Argentina con Brasil.

En realidad, nuestros críticos se dejaron deslumbrar por el *boom* económico del período anterior, cuando irrumpieron nuevas ramas de la producción donde, inicialmente, los pequeños capitales parecían tomar la delantera. Es la ilusión de todas las épocas de crecimiento acelerado de la producción capitalista. Pero como señala Marx:

“Al desarrollarse la producción capitalista, aumenta el mínimo del capital individual necesario para explotar un negocio en condiciones normales. Los pequeños capitales afluyen a las esferas de producción de las que la gran industria no se ha adueñado aún o sólo lo ha hecho de manera imperfecta (...) Se produce la competencia en razón directa del número y en razón inversa del volumen de los capitales que rivalizan entre sí. La competencia termina siempre con la ruina de los pequeños capitalistas, cuyos capitales desaparecen o van a parar a las manos de los vencedores” (Marx, *El Capital*, Vol. I, pág. 570. Ed. Cubana).

La existencia de pequeños y medianos capitales siempre van a acompañar a la gran producción capitalista mientras dure este sistema, pero condicionados y comprimidos en su desarrollo por las grandes empresas y multinacionales. Como afirma Rosa Luxemburgo:

“De acuerdo con Marx, en la marcha general de la evolución capitalista, los pequeños capitales cumplen la función de ser los adelantados

de la revolución técnica y ello en un sentido doble: tanto en lo relativo a la introducción de nuevos métodos de producción en ramas antiguas, establecidas y ya arraigadas, como en lo relativo a la creación de nuevas ramas productivas que aún no han sido explotadas por los grandes capitales (...) No hay que imaginarse la lucha entre la empresa mediana y el gran capital como una batalla periódica en la que se desvanece de modo directo y cuantitativo el destacamento de la parte más débil, sino, más bien, como una siega periódica de pequeños capitales, que vuelven a surgir rápidamente para ser segados de nuevo por la guadaña de la gran industria” (Rosa Luxemburgo, *Reforma o Revolución*, pág. 57, *Obras escogidas*, Vol. I. Ed. Ayuso, Madrid 1977).

En los últimos treinta años se han desarrollado nuevas ramas de producción que han adquirido una influencia de primer orden en la economía capitalista, como es el caso del sector informático y de las computadoras. Así, Microsoft, surgió en el interior de un pequeño garaje en Seattle, de la mano de un *joven emprendedor* como Bill Gates. Treinta años después, de todas las pequeñas empresas innovadoras en este campo de la producción capitalista, sólo Microsoft y unas pocas más han sobrevivido, transformándose en multinacionales que emplean a decenas de miles de trabajadores. Es una prueba más de la tendencia inevitable a la gran producción y del papel dirigente de ésta en la economía capitalista.

La ‘descentralización’ de la producción y la ‘disminución’ de la clase obrera industrial

Está de moda entre los detractores del marxismo sostener la afirmación de que, poco a poco, la gran producción está dejando paso a unidades de producción más pequeñas, con lo que la concentración industrial de los trabajadores se reduce de tamaño y por lo tanto también lo hace su conciencia de clase.

Sobre el tema de la *conciencia* volveremos más adelante. En cuanto a lo demás, reafirmamos lo que hemos explicado en el

anterior apartado, que deja a las claras la tendencia a la gran producción y a la concentración del capital en todas las esferas productivas.

Aquí, de nuevo, nuestros críticos incurren en una gran confusión e ignorancia. Esta gente identifica la disminución de trabajadores empleados en una fábrica, como consecuencia de la sustitución de obreros por máquinas cada vez más perfeccionadas, con un paso atrás en las tendencias de la economía capitalista antes descritas. Al contrario, la sustitución de trabajadores por máquinas –algo que forma parte inseparable de la historia del capitalismo– lleva siempre aparejado un aumento de la escala de producción de mercancías de esa fábrica particular. No hay nada nuevo en este fenómeno. Marx analiza en *El Capital*, con todo detalle, cómo el aumento de la fuerza productiva del capital se consigue aumentando la parte *constante* del capital (las máquinas, instalaciones, materias primas), a costa de disminuir su parte *variable* (trabajadores). Esta disminución del capital *variable* puede ser relativa (con el mismo número de trabajadores, o incluso con más trabajadores, producir una cantidad mayor de mercancías por obrero empleado), o absoluta (disminución del número de obreros empleados produciendo una cantidad mayor de mercancías). En cualquier caso la potencia productiva del capital siempre aumenta.

De cualquier manera, el número de obreros es un elemento muy flexible en una empresa, que está ligado a la coyuntura económica. En épocas de crisis económica se observa una caída en el número de obreros empleados en una fábrica, pero cuando cambia el ciclo económico el proceso se invierte.

Aunque, en promedio, ha habido una disminución relativa, porcentual, del número de obreros industriales en los países capitalistas avanzados y de desarrollo mediano, la cifra apenas ha variado en números absolutos. La disminución relativa de

obreros industriales es debida a la enorme productividad alcanzada por la tecnología industrial que impone límites a la absorción de mano de obra en cada fábrica. En España, por ejemplo, el número de obreros industriales era de 3,27 millones en 2008, frente a los 3,5 millones en 1975 (Fuente: INE). En Argentina, la clase obrera industrial alcanza los 1,9 millones en 2011, comparado con los 1,5 millones de 1975 (Fuente: INDEC-M° Trabajo). En los EEUU hay poco más de 20 millones de obreros empleados en la industria (los mismos que en los años 60), un poco menos que el pico máximo alcanzado a fines de los 70, estimado en 22 millones de obreros industriales (Fuente: Departamento de Estadísticas Comerciales). Una situación diferente se da en las zonas relativamente nuevas que concentran una parte creciente de las inversiones internacionales. En China, el número de obreros industriales pasó de 152 millones en 1990 a cerca de 200 millones en 2008, según diversas fuentes (Instituto Argentino de Ejecutivos de Finanzas-IAEF). Y en la India hay se estiman en 59 millones. En Brasil, el número de obreros industriales alcanza los 3,7 millones (Encuesta Mensual de Empleo, Marzo 2011).

La disminución de trabajadores en una fábrica choca con dos limitaciones. Por un lado, siempre se necesitará un número mínimo de trabajadores para mantener en funcionamiento la producción. Y en segundo lugar, en la medida que el beneficio capitalista proviene de la plusvalía extraída a los trabajadores, siempre necesitará la cantidad mínima indispensable de éstos para mantener la tasa y la masa de beneficios (por supuesto, a costa de aumentar la sobreexplotación de estos trabajadores) pues, como explica Marx, la máquina no crea plusvalía, se limita a transferir a las mercancías su propio valor.

Aquí el sistema capitalista se enfrenta a una nueva contradicción. Un aumento prolongado de la fuerza productiva en una rama industrial, sustituyendo a trabajadores por máquinas, lle-

va a un descenso paulatino en la extracción de plusvalía y de la tasa de beneficios (la relación entre la plusvalía y el capital invertido, p/C) lo que, tarde o temprano, provoca un descenso de la masa de beneficios. En el caso hipotético de un incremento indefinido de la fuerza productiva de una fábrica que condujera a la casi completa sustitución de trabajadores por máquinas, llevaría a la casi total desaparición de la ganancia capitalista, al no haber apenas obreros a quienes extraer plusvalía. Pero esto iría contra el motor mismo de la producción capitalista, que es la obtención y el incremento del beneficio privado. Por eso, los capitalistas, llegado a un punto, tienen que limitar las innovaciones técnicas en el proceso de trabajo para contrarrestar esta contradicción, lo que demuestra el papel de freno que juega el régimen capitalista en el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo. El desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo entra así en contradicción con el beneficio capitalista. Por otro lado, si en un caso hipotético la mayor parte de la clase obrera quedara apeada del trabajo productivo, las contradicciones sociales resultantes sólo podrían conducir a una revolución.

Por eso el capital, so pena de perecer, y espoleado por la búsqueda del beneficio, debe encontrar incesantemente nuevos campos de producción, crear nuevas ramas productivas donde explotar a nuevos trabajadores para producir nueva plusvalía. Así, mientras que por un lado, desciende el número de obreros en determinadas ramas industriales, y algunas otras decaen o desaparecen, por el otro lado se crean otras nuevas con la ocupación de una masa creciente de obreros asalariados.

Esta es la razón de que, periódicamente, los productos y valores de uso comunes vayan incorporando nuevas utilidades, lo que implica que al producto o mercancía la fuerza de trabajo (el obrero) le incorpora más valor durante el proceso de trabajo. De esta manera, los capitalistas tratan de sortear las contradic-

ciones que mencionamos antes, y sostener y acrecentar sus ganancias. Así fue cómo la televisión en blanco y negro dejó paso a la televisión en color y, recientemente, a la llamada televisión digital. La utilidad básica del teléfono móvil –realizar y recibir llamadas- ha sido ampliada a una variedad enorme de prestaciones y utilidades que cambian año tras año. Lo mismo se aplica a las computadoras y programas informáticos, al transporte (automóvil, aviones, trenes, etc.), y a todo el universo de la producción capitalista.

Hace veinte años el número de obreros del automóvil era muchísimo mayor que el número de obreros ocupados en el sector de las llamadas tecnologías de información (informática), que era una rama industrial relativamente reciente. Hoy en cambio, en los Estados Unidos trabajan en este sector más de nueve millones de personas, muchas más que en la industria del automóvil.

“La composición de la clase obrera cambia constantemente con cada modificación del proceso productivo. La actual generación de trabajadores de la industria de ordenadores trabaja de un modo diferente al de los trabajadores de una cadena de montaje de la Ford. Pero la diferencia es sólo relativa. No han dejado de ser trabajadores que venden su fuerza de trabajo para poder vivir. Más aún, la diferencia entre las diferentes ramas de la producción se está estrechando continuamente. Las condiciones de trabajo en las grandes oficinas y centrales telefónicas, donde un gran número de trabajadores están concentrados trabajando con ordenadores, se asemejan a las de las grandes fábricas. De hecho, las condiciones entre los primeros son, frecuentemente, mucho peor” (Alan Woods y Ted Grant, *La lucha de clases y el ciclo económico*).

La llamada *descentralización, externalización o tercerización* de la producción en determinadas ramas industriales, que se manifiesta en fenómenos como la subcontratación de diversas tareas productivas fuera de la empresa o industria matriz, es un instrumento que éstas utilizan para reducir costos y aumentar sus márgenes de beneficio, mediante el abaratamiento de las mercancías producidas por estas subcontratas a través de la

sobreexplotación de los obreros que trabajan en ellas. En muchas ocasiones los propios obreros de las subcontratas trabajan, codo con codo, con los obreros de la empresa contratante, formando en realidad una misma masa obrera.^[3]

En cualquier caso, la independencia de estas empresas subcontratistas es completamente ficticia. Dependen absolutamente de la gran empresa a la que prestan su servicio, sin la cual no podrían existir. La subcontratación es un disfraz que oculta el dominio absoluto de la gran producción. Si echáramos un vistazo a la composición accionarial de muchas de estas subcontratas veríamos cómo, incluso, el control decisivo lo tienen las grandes empresas para las que trabajan.

Aunque superficialmente parece que este tipo de estructura productiva debilita la respuesta de conjunto de los trabajadores, también deja expuesta la debilidad de los capitalistas. Y es que al llevar la relación de dependencia entre la empresa matriz y sus proveedoras a un punto extremo – a llamada producción *Just in Time*, producción *en el tiempo justo* – basta una huelga en cualquiera de estas subcontratas para que la labor de la empresa matriz se vea duramente afectada. Esto ha ocurrido repetidas veces en las fábricas de automóviles de la Ford y General Motors de EEUU, donde la huelga en una o dos fábricas de componentes de automóviles obligaba a paralizar las plantas de ensamblado por la falta de piezas.

³ Es interesante observar la tendencia que está desarrollándose en los obreros de muchas empresas tercerizadas, que tratan de sumar fuerzas a los obreros de las empresas matrices para conseguir convenios colectivos de trabajo comunes. Los ejemplos más relevantes están dándose en América Latina, lo cual no es una casualidad, dado el auge de la movilización de masas que vive este continente. Así ocurrió en la principal empresa minera del cobre del mundo, la estatal Codelco de Chile, en el Metro de Buenos Aires o, más recientemente, en la principal empresa siderúrgica de Venezuela, Sidor (Nota del Autor, 2008).

La viabilidad de cualquier cambio introducido en la producción capitalista está determinada por su capacidad para incrementar la productividad del trabajo humano, de ahorrar tiempo de trabajo, y abaratar las mercancías, si quiere sobrevivir ante la competencia.

Pese a los cambios introducidos en la producción fabril y en el transporte, la producción “en masa” que es inherente a cualquier empresa requerirá siempre una concentración importante de obreros en un mismo espacio físico para hacerla viable y para extraerles a éstos la plusvalía (el valor creado por el obrero durante el proceso de trabajo que se apropia el capitalista) que es la fuente de donde surge la ganancia. El obrero asalariado, su concentración compacta en un mismo espacio físico y su acción colectiva para hacer valer sus intereses son por lo tanto el producto genuino, e inevitable, de la producción capitalista.

2ª parte:

LA CLASE OBRERA Y LA CONCIENCIA DE CLASE

La conciencia de clase

El proceso de adquisición de la toma de conciencia de clase de los trabajadores no es un proceso inmediato ni automático, ni en la industria ni en el resto de los sectores productivos. En su libro *Miseria de la Filosofía*, Marx, analizando la situación de Gran Bretaña en la década de los 40 del siglo XIX, señala:

“En principio, las condiciones económicas habían transformado la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado en esta masa una situación común, intereses comunes. Así, esta masa viene a ser ya una clase frente al capital, pero todavía no para sí misma. En la lucha, de la cual hemos señalado algunas fases, esta masa se reúne, constituyéndose en clase para sí misma. Los intereses que defienden llegan a ser intereses de clase” (Marx, *Miseria de la Filosofía*, pág. 257. Ed. Júcar).

¿Qué significa adquirir *una conciencia de clase para sí misma*? Significa la conciencia de pertenecer a una *comunidad* particular de la sociedad, con sus propios intereses sociales y sus propios objetivos históricos, fruto de su condición de trabajadores asalariados; intereses y objetivos que sólo pueden lograrse con la transformación socialista de la sociedad mediante la expropiación de la propiedad de la clase capitalista, y su control y gestión planificada por el conjunto de la sociedad bajo la dirección de la clase obrera.

La conciencia de clase se adquiere a través de la experiencia, no sólo del obrero en su empresa, sino también asimilando la experiencia de los obreros de otras empresas, de su localidad, de su país e, incluso, a nivel internacional.

El proceso de formación de la conciencia de clase no se da solamente con la experiencia de los obreros en el marco de la *estructura* económica de la sociedad capitalista, sino también en la *superestructura* del sistema a través de la experiencia de los obreros en sus organizaciones (sindicatos, partidos), en las instituciones políticas burguesas (ayuntamientos, parlamentos, etc.); y, particularmente, con las grandes conmociones políticas y sociales: la represión del Estado burgués, las guerras, estallidos sociales, etc.

La propia experiencia histórica de la clase obrera de un país, sus tradiciones, y la calidad de la dirección de las organizaciones obreras son también factores que pueden estimular el proceso de toma de conciencia de los trabajadores o, según el caso, entorpecerlo y retrasarlo.

Debido a todos estos factores los procesos revolucionarios resultan ser hechos muy excepcionales en la sociedad, pero como ocurre con otros hechos naturales de la fisiología animal, o de la geología terrestre (terremotos), no por infrecuentes son inevitables, y así lo atestigua la historia del capitalismo en los últimos 150 años.

Es por todas estas razones que en una época normal del capitalismo la conciencia “media” de la clase obrera no pase de la lucha cotidiana por mejoras económicas en sus condiciones de vida y de trabajo, o la defensa de las mismas.

A pesar de lo que creen algunos ultraizquierdistas —que piensan que los trabajadores deben ir a las empresas a hacer huelgas, y sólo trabajar de vez en cuando, la realidad es que los trabajadores van a su empresa a trabajar y, cuando no tienen más reme-

dio y han agotado toda otra vía para que se atiendan sus demandas, es cuando hacen huelgas. Contra lo que pueda parecer, las huelgas son fenómenos anormales, excepcionales, en la vida normal de un obrero.

Siempre ha sucedido que sea una minoría de la clase obrera quien se eleve hasta una conciencia socialista en esas épocas *normales* del capitalismo. Esto ocurre en estos momentos igual que ocurría hace 40 ó 90 años, lo que no impidió que todos estos períodos fueran cortados bruscamente por épocas revolucionarias que hicieron tambalear y peligrar la continuidad del sistema capitalista. Cortes bruscos que comprendían un intervalo de pocos años, meses, o incluso días, y donde millones de trabajadores, antes apáticos y apartados de la lucha política, tomaban conciencia de sus tareas históricas y se lanzaban a la lucha consciente por transformar la sociedad.

Así tuvimos, por hablar sólo de Europa, los movimientos revolucionarios de 1917 a 1923, los años treinta o los setenta, por citar algunos. Por qué fracasaron todos ellos no es materia de este trabajo, pero en todo caso no se debió a la falta de una conciencia de clase y socialista de los trabajadores o a su insuficiente combatividad, sino más bien por la ausencia de una dirección auténticamente revolucionaria en las organizaciones obreras, que estuviera a la altura de sus tareas históricas, o por la traición consciente de esa misma dirección.

Cómo surge la conciencia y la oposición obrero-capitalista

El proceso de toma de conciencia de los obreros, es decir la comprensión de los intereses opuestos que existen entre ellos y el capitalista, comienza en el puesto de trabajo. Mientras que el artesano, al ser propietario de sus herramientas y del producto final de su trabajo, sí tiene un interés directo en el proceso de

producción; el obrero, en cambio, no tiene ningún interés personal en el mismo, al no pertenecerle el producto final de su trabajo, la mercancía producida para la venta. El trabajo asalariado aparece ante el obrero como una condición impuesta, como la única manera de obtener sus medios de vida.

En sus *Manuscritos económicos-filosóficos* (1844), Marx analiza detalladamente el proceso de *enajenación* (o alienación) que sufre el obrero en la fábrica:

“¿En qué consiste, entonces, la enajenación del trabajo? Primeramente en que el trabajo es ‘externo’ al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; en que en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario, sino forzado, ‘trabajo forzado’ (...) En último término, para el trabajador se muestra la exterioridad del trabajo en que éste no es suyo, sino de otro, que no le pertenece; en que cuando está en él no se pertenece a sí mismo, sino a otro” (Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*, págs. 108-109, Ed. Alianza Editorial).

Seguidamente, hace aparecer la oposición obrero-capitalista:

“Si él, pues, se relaciona con el producto de su trabajo, con su trabajo objetivado [la mercancía producida], como con un objeto poderoso, independiente de él, hostil, extraño, se está relacionando con él de forma que otro hombre independiente de él, poderoso, hostil, extraño a él, es el dueño de este objeto. Si él se relaciona con su actividad como con una actividad no libre, se está relacionando con ella como con la actividad al servicio de otro, bajo las órdenes, la compulsión y el yugo de otro” (Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*, pág. 109, Ed. Alianza Editorial).

Finalmente, Marx revela cómo surge la identidad de intereses de clase, independientemente del oficio:

“En la relación del trabajo enajenado, cada hombre considera, pues, a los demás según la medida y la relación en la que él se encuentra consigo mismo en cuanto trabajador” (Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*, pág. 113, Ed. Alianza Editorial).

Conforme más se desarrolla la técnica en la producción capitalista y se perfeccionan las máquinas y los instrumentos de trabajo, menos *especializada* se hace la labor del obrero, más se *descualifica* su trabajo, menos importancia tienen sus facultades individuales, y por lo tanto más rutinario, aburrido y despojado de interés resulta, apareciendo el trabajador como un mero apéndice de la máquina, lo que acentúa su *enajenación* del trabajo. Este carácter del trabajo, desprovisto de creatividad, estimula la reflexión del obrero sobre sus condiciones de vida y trabajo, le ayuda a generalizar su experiencia al comprobar la identidad de intereses que existen entre él y sus compañeros de trabajo, acrecienta su malestar e insatisfacción, y le permite tomar conciencia de su situación de explotación y opresión. Las propias condiciones de trabajo crean así, necesariamente, las premisas para el proceso de toma de conciencia de los trabajadores.

Estas consideraciones se aplican a todos los sectores y capas que forman la clase obrera, independientemente de que las condiciones particulares de trabajo hagan avanzar más rápidamente en su conciencia a determinadas capas antes que a otras.

La clase obrera industrial

Los profesores vulgares de la Universidad creen haber hecho un gran daño en el arsenal teórico del marxismo al pretender demostrar “irrefutablemente” la imposibilidad de la revolución socialista cuando niegan la capacidad de la clase obrera de adquirir una conciencia revolucionaria por el peso cada vez menor que, según ellos, tienen la industria y el número de obreros industriales en la economía capitalista. Para estos *teóricos*, el trabajo industrial, en sí y por sí mismo, parece ejercer algún tipo de embrujo o efecto magnético especial sobre la concien-

cia de los obreros industriales que los convierte, a ellos y sólo a ellos, en temibles revolucionarios. De ahí su insistencia en afirmar de manera arbitraria y anticientífica la decadencia de la industria en la economía capitalista para sentenciar la imposibilidad del desarrollo de la *conciencia revolucionaria* en el conjunto de la clase obrera; o, en todo caso, su existencia se reduciría a ser el sueño utópico de un estamento condenado a desaparecer o a vivir en la marginalidad de la sociedad capitalista.

Ya hemos explicado en el apartado anterior la falsedad y la simplificación de este análisis sobre el papel de la industria en la economía capitalista. A pesar de todas las reconversiones industriales habidas en los países capitalistas más desarrollados, el número de obreros industriales es mayor que hace 60 ó 70 años, cuando la revolución estaba a la orden del día en toda Europa. Sólo nos basta repetir que son las condiciones de vida y trabajo de los obreros asalariados las que crean las premisas para que surja la conciencia de clase, independientemente del sector donde se trabaje.

Dicho esto, los obreros industriales, en cuanto al desarrollo de la conciencia de clase, siempre han constituido la vanguardia de los trabajadores asalariados, ya que el trabajo en la industria crea las condiciones más propicias para que este desarrollo de la conciencia se dé de una manera más profunda.

¿Cuáles son estas condiciones? En primer lugar, la concentración de trabajadores necesarios para producir mercancías *en masa* es mucho mayor en la industria que en cualquier otro tipo de empresa. De ahí que, a mayor número de trabajadores, el sentimiento de fuerza y de poder en la empresa, como se pone de manifiesto en cada huelga, tiene los efectos más profundos en su conciencia.

En segundo lugar, el desarrollo del maquinismo es mayor en la industria que en cualquier otro sector de la economía capitalista

y la sensación del trabajador de sentirse un simple apéndice más de la máquina con la que trabaja se manifiesta más claramente, quitándole a su trabajo todo atractivo. Prácticamente, la cualificación de los trabajadores industriales es la misma entre ellos en cada línea de producción de la empresa, y muchas de las categorías que existen son creadas artificialmente, o han perdido su significación original, pero son mantenidas para dividir a los obreros o para estimularles y aumentar así la productividad de su trabajo.

En tercer lugar, los obreros industriales (particularmente los metalúrgicos) suelen ser, dentro de la clase obrera, los que se encuentran mejor pagados, están entre los más cultos y los que tienen mayores inquietudes, fruto de mejores condiciones conquistadas con años de lucha. De ahí el sentimiento de confianza y de orgullo de su condición obrera.

Por otro lado, la ausencia de cualquier tipo de contacto personal con el patrón en una gran o mediana industria, hace ver a los obreros de fábrica más fácilmente que a otros que todo el funcionamiento de la empresa es obra suya, que para que todo funcione son ellos los únicos necesarios, estando más arraigado por tanto el sentimiento común de explotación. La ausencia de contacto personal con el patrón impide, por lo demás, la creación de lazos de paternalismo tan comunes en la pequeña empresa, donde a veces, hasta el patrón “echa una mano” en algunas tareas.

En este sentido, es una característica común a todos los obreros industriales el orgullo que exteriorizan al sentirse creadores de productos útiles para la sociedad. La adquisición de esa conciencia particular es desconocida entre los campesinos o entre los trabajadores del sector servicios, el sentirse los autores materiales de los medios de producción y de vida indispensables que hacen funcionar la sociedad.

Por último, existe otra característica que, aunque comparten todos los trabajadores asalariados, se manifiesta de manera más desarrollada en los obreros industriales. La empresa capitalista, con su sistema de trabajo reglamentado y despótico, impone un horario inamovible de entrada y salida del lugar de trabajo, una interdependencia en todo el proceso de trabajo que no admite demoras ni rupturas, a lo que se añade una amenaza permanentemente a los trabajadores con sanciones de todo tipo ante la más mínima falta, bajo el ojo vigilante del capataz o del encargado. Esto tiene el efecto de disciplinar y dar una fuerza de carácter al obrero de fábrica que, aunque resulta muy útil a los capitalistas para integrar sin fisuras a una masa considerable de trabajadores para la producción fabril, se convierte en su contrario cuando estos mismos trabajadores deciden salir a luchar, con un nivel de combatividad, determinación y unidad muy superiores al nivel medio del trabajador asalariado.

Obviamente, cuanto más grande sea la empresa, cuanto más concentrados estén los trabajadores en un mismo lugar de trabajo, más fácil y rápidamente se desarrollará su conciencia de clase.

León Trotsky, en su libro sobre la Revolución Rusa de 1905 analiza el papel del proletariado y su fuerza social:

“La importancia del proletariado se deriva principalmente de su papel en la gran producción (...) Su poder social resulta del hecho de que los medios de producción, encontrándose en manos de la burguesía, sólo pueden ser puestos en movimiento por él, por el proletariado... De ello resulta que la importancia del proletariado –en igualdad de circunstancias en cuanto a fuerza numérica– es tanto más grande cuanto mayor es la masa de fuerzas productivas que pone en movimiento: el proletariado de una gran fábrica –en igualdad de circunstancias– tiene una importancia social mayor que un artesano, y un proletario urbano, mayor que un proletario del campo. En otras palabras: el papel político del proletariado es tanto más importante cuanto más domina la gran producción sobre la pequeña, la industria sobre la agricultura y la ciudad sobre el campo” (León Trotsky: 1905. *Resultados y Perspectivas*, Vol. II, ‘Las condiciones previas del socialismo’, pág. 198. Ed. Ruedo Ibérico).

A diferencia de los sectores periféricos de la clase obrera, los obreros industriales soportan la columna vertebral del sistema económico capitalista. Sin el funcionamiento diario de la industria y los transportes, la sociedad capitalista no duraría ni una semana. La clase obrera industrial es la fuerza más poderosa que existe en la sociedad capitalista, independientemente de que sean tres o diez millones en un país determinado. Su peso específico en la sociedad y la economía es muy superior a su peso numérico. Y este sentimiento de poder y de fuerza se pone de manifiesto en cada huelga importante.

La Revolución Rusa confirma brillantemente este análisis. La clase obrera rusa estaba formada sólo por diez millones de trabajadores de una población de 150 millones. Los obreros industriales eran unos cuatro millones. Pero, como explica Trotsky, su fuerza y su peso específico social en la economía capitalista rusa centuplicaban su número, convirtiéndolos en la fuerza de combate de vanguardia que arrastraba a la lucha revolucionaria no sólo a los sectores de trabajadores más atrasados, sino al resto de capas oprimidas de la sociedad. Y si esto era verdad para la Rusia de 1917, es mil veces más verdad para cualquier país capitalista desarrollado hoy en día.

Aun cuando en una determinada rama industrial disminuya el número de obreros, su fuerza y poder se mantienen intactos, pues sigue descansando en ellos y sólo en ellos la capacidad para hacer funcionar la producción en dicha rama. Más aún, el poder y la fuerza de cada obrero particular aumentan, al producirse una cantidad igual o mayor de mercancías con menos trabajadores.

Por eso resultan ridículos todos los lugares comunes y lloriqueos lamentables sobre la *debilidad* de los obreros industriales en la etapa actual de desarrollo capitalista. Incluso en las épocas *normales*, hemos visto cómo la lucha decidida de los obre-

ros de una sola fábrica o factoría ha puesto en pie a comarcas, regiones, y hasta países enteros. Se puede elaborar una lista larguísima de ejemplos de esto en la mayoría de los países, sean de desarrollo capitalista avanzado o retrasado. Lógicamente, mientras mayor importancia tenga la rama industrial en la estructura económica del país, mayor impacto tendrán esas luchas particulares y mayor será su capacidad de arrastre sobre el resto de la clase obrera y las capas de la población más cercanas a la misma, los estratos inferiores de la clase media y demás sectores populares de la ciudad y del campo. De esta manera, la clase obrera industrial hace honor a su papel de vanguardia, al agrupar a los sectores más conscientes y avanzados de la clase trabajadora. No es difícil imaginarse, entonces, la fuerza que sería capaz de desplegar la clase obrera industrial en una situación revolucionaria.

La clase obrera en su conjunto

Los capitalistas y sus plumíferos han construido todo un mito sobre la naturaleza de la clase obrera, volviendo del revés los auténticos procesos que se dan en la sociedad capitalista.

Así, machacan una y otra vez la idea falsa de que la clase obrera se ha debilitado. Tratan de justificar esto diciendo que los intereses de las diferentes capas de asalariados, lejos de converger, divergen en distintas direcciones al haberse hecho más *compleja* la composición de la clase trabajadora con respecto a décadas atrás.

Lo que esta gente hace es identificar, de manera arbitraria e interesada, el concepto de clase obrera con el de clase obrera industrial; sin comprender que, lejos de debilitarse, la clase obrera se ha fortalecido enormemente, atrayendo a sectores que

hace décadas no se encontraban entre los trabajadores asalariados o, simplemente, no existían.

Aunque el trabajo asalariado y la producción de mercancías se han dado en todas las sociedades humanas desde el sistema esclavista, antes del capitalismo sólo tenían un carácter marginal, secundario y complementario a los métodos de trabajo y de producción en que se basaban dichas sociedades. Sólo con el sistema capitalista, el sistema de trabajo asalariado y la producción de mercancías a gran escala se establecen como sistemas de trabajo y de producción dominantes, barriendo a los que existían antes y que tenían como base al pequeño productor aislado.

El sistema de trabajo asalariado tal y como lo conocemos y, por lo tanto, la clase obrera, aparecieron por primera vez en sólo dos sectores de la incipiente economía capitalista: la industria textil y la minería. Paulatinamente comenzó a crecer en otros sectores, conforme la economía capitalista absorbía y se extendía a otras ramas de la producción artesanal y agrícola. La industria metalúrgica y la siderurgia extienden su desarrollo con la introducción del ferrocarril, el cual crea además un ejército de obreros ferroviarios. Toda nueva invención en la economía capitalista, provoca una nueva división del trabajo que da lugar al nacimiento de nuevos sectores productivos y nuevos destacamentos de trabajadores asalariados. El automóvil, la electricidad, los hidrocarburos, el plástico y las tecnologías de la información crearon, cada una en su etapa de desarrollo, nuevas ramas industriales y dieron nacimiento a nuevas hornadas de obreros. Cada época del capitalismo crea su *nueva economía* y una nueva división del trabajo.

Sectores que pertenecían originariamente a las clases medias, al artesanado o a la economía familiar, no pueden resistirse a las tendencias que impone el desarrollo de las fuerzas productivas

bajo el capitalismo, y se ven obligados a encuadrarse en el sistema de trabajo asalariado: la enseñanza, bares y restaurantes, los grandes hospitales con su legión de celadores, personal de mantenimiento (electricistas, fontaneros, etc), auxiliares de clínica, profesionales de diverso tipo, médicos y cirujanos de hospitales y centros de salud; la ferretería, la carpintería, la alimentación..., y así podríamos continuar casi hasta el infinito.

Ya hemos explicado que en todos estos sectores, son las propias condiciones de trabajo las que, necesariamente, crean las premisas para que se desarrolle la conciencia de clase. Esto se demuestra, además, en la propia organización de los trabajadores. Son los grandes sindicatos de clase, en todos los países, quienes encuadran a la inmensa mayoría de los trabajadores, a pesar de la disparidad de oficios y de condiciones de trabajo, mientras que los sindicatos “corporativos” o “independientes”, que carecen de un perfil de clase, sólo han arraigado en sectores muy específicos y minoritarios (en capas de empleados públicos, de os trabajadores de la salud, maquinistas de tren, pilotos de líneas aéreas, etc.), en general situados en condiciones laborales y salariales privilegiadas con respecto a la gran masa obrera.

Los métodos de lucha son los mismos en todos los sectores de la clase obrera, y se caracterizan por ser acciones de masas: huelgas, manifestaciones, ocupaciones de los centros de trabajo, etc. La influencia y la fuerza aplastante de la clase obrera en la sociedad capitalista se demuestra en que sectores no pertenecientes a ella, tienden a adoptar similares métodos de lucha: los estudiantes, los pequeños propietarios agrícolas, del transporte y del comercio, etc., denominando a sus acciones con una palabra de inequívoco sabor proletario: huelga.

Uno de los argumentos favoritos y *novedosos* de los detractores del marxismo que, curiosamente, ha encontrado un eco mayor

entre algunos sectores de la izquierda, es que la ofensiva del capitalismo contra las condiciones de vida y trabajo de amplios sectores de trabajadores, particularmente entre la juventud trabajadora, con el empleo precario, temporal y a tiempo parcial, la pérdida de derechos sindicales y conquistas históricas, etc., es un obstáculo objetivo para que puedan desarrollar una conciencia de clase como la de los trabajadores que trabajan en los sectores *clásicos* de la economía capitalista.^[4]

Este análisis, en realidad, se vuelve completamente contra ellos. El sistema capitalista sólo puede conjurar temporalmente la lucha de clases y una revolución si, en lugar de aumentar las contradicciones de clase entre obreros y capitalistas, las amortigua y suaviza. La única manera de hacerlo es creando condiciones que permitan a la clase trabajadora vivir y trabajar de una manera digna en la perspectiva de que su nivel de vida mejore continuamente, creando ilusiones y confianza en el propio sistema capitalista. Este fue el período que vimos, particularmente, después de la II Guerra Mundial.

Resulta, cuando menos incomprensible, que cuando el capitalismo, lejos de amortiguar las contradicciones sociales está exacerbándolas, empeorando las condiciones de vida y trabajo de millones de trabajadores, se pueda pensar en un relajamiento de la lucha de clases futura. Al contrario. Estas nuevas condiciones de trabajo: precariedad, sobreexplotación, incertidumbre ante lo que depara el futuro, está preparando una auténtica explosión de la lucha de clases que se pondrá de manifiesto cuan-

⁴ Es una paradoja que hace 30 ó 40 años, en este mismo tipo de círculos, se decía expresamente lo contrario: que las condiciones de empleo estable y salarios decentes, más las creadas por el Estado del Bienestar, habían “aburguesado” a los trabajadores, porque tenían coche, vivienda propia, TV, vacaciones pagadas, etc. Igual que ahora, esta gente hablaba de la crisis del “sujeto revolucionario”, buscándolo en la periferia de la clase obrera: el movimiento estudiantil, el movimiento feminista, etc, e incluso en el lumpen, pero descartando a aquélla “por su bajo nivel de conciencia”.

do cambie el ciclo de la economía capitalista, y todos estos sectores, que están apretando los dientes en espera de un futuro mejor y que acabarán muy mal parados con la futura crisis económica capitalista, jugarán un papel determinante en las inevitables luchas que tendrán lugar.^[5]

Lo que nuestros críticos olvidan es que las condiciones sociales que ellos reclaman con nostalgia (las creadas por el famoso Estado del Bienestar) sólo tienen una historia de cincuenta o sesenta años. ¿Cuáles eran las condiciones de vida y trabajo de las masas de la clase obrera en Europa y América en los años veinte o treinta del siglo pasado, por no hablar de mucho antes? Se asemejan mucho a las nuevas condiciones que se están creando actualmente entre amplios sectores, fundamentalmente de la juventud. Y fueron precisamente esas condiciones de vida y de trabajo las que dieron lugar, en aquellos años, a extraordinarios movimientos revolucionarios de la clase obrera para transformar la sociedad.

Este crudo “determinismo económico” aplicado a la conciencia de los trabajadores (que nos dice que cuando las condiciones de trabajo son malas la clase obrera no puede luchar, pero que cuando son buenas tampoco) es ajeno a la realidad viva y a la dialéctica de la lucha de clases. Al tratar a la clase obrera como un factor pasivo, víctima fatalista de una realidad objetiva despótica, lo que se nos ofrece es una receta acabada para la inactividad, el desaliento, el pesimismo y la complacencia “con lo que hay”.

Creemos que mucha gente comete el error de dar por estática y fija una realidad que es siempre cambiante. Como decíamos,

⁵ Esta es justamente la situación que está desarrollándose ante nuestros ojos en la revolución árabe y en las numerosas luchas sociales que vemos actualmente en el discurrir de la gravísima crisis que está sacudiendo a Europa.

los trabajadores no son un factor muerto (como las máquinas) en la estructura económica capitalista, sino un factor vivo: tienen sangre, nervios, músculos y cerebro; sufren, piensan, reflexionan, y aprenden de la experiencia. Los trabajadores pueden tolerar durante un tiempo (particularmente en las situaciones más desfavorables) retrocesos en sus condiciones de trabajo. Pero esa “tolerancia” tiene el efecto de ir acumulando bronca, rabia y frustración hasta que llega un punto en que los trabajadores dicen que ya es suficiente y toda la situación se convierte en su contrario.

La influencia de los cambios tecnológicos en la conciencia

La introducción de nuevas tecnologías y cambios en la forma de producción por los capitalistas con el objetivo de disciplinar a la clase obrera, incrementar su participación en el mercado y aumentar sus ganancias, no es ninguna novedad. Siempre fue así. Por lo tanto, consideramos que la generalización de fenómenos como el *toyotismo* que abarca fenómenos como la subcontratación, la producción *Just in Time* – *en el tiempo justo* – y otras, no nos debe llevar a reconsiderar los postulados básicos del marxismo sobre la lucha de clases.

Por ejemplo, la introducción del maquinismo a gran escala en la primera mitad del siglo XIX fue utilizado, en gran medida, para despedir a los trabajadores como represalia contra las huelgas; y también para recomponer las ganancias capitalistas tras la reducción de la jornada legal de trabajo, como consecuencia de la presión de los trabajadores; de esa manera podían producir más mercancías con igual o menor cantidad de obreros.

En las primeras décadas del siglo XX tuvo lugar el desplazamiento de los obreros altamente especializados de los procesos

de trabajo anticuados y artesanales, que requerían un largo período de aprendizaje. Estos obreros eran difíciles de sustituir y se colocaban fácilmente en una posición de fuerza a la hora de exigir mejores condiciones laborales. Por eso fueron desplazados por los obreros de la cadena de montaje *fordista* cuyas operaciones eran sencillas y no requerían una gran especialización.

Pero todos estos cambios en la estructura productiva no impidieron las huelgas ni estallidos revolucionarios en diferentes momentos, por la sencilla razón de que el capitalismo no puede resolver sus contradicciones básicas: la propiedad privada de los medios de producción y las fronteras nacionales, que encorsetan el desarrollo de las fuerzas productivas y conducen periódicamente a las crisis de sobreproducción, y a cargar sobre la clase trabajadora los efectos de dichas crisis.

Ningún cambio de la estructura productiva puede impedir el proceso de toma de conciencia de los trabajadores. Puede retardarlo u obstaculizarlo, pero al final éste termina imponiéndose.

Cualquier obrero es consciente de lo imprescindible que resulta su trabajo y el de sus compañeros para producir cosas útiles para la sociedad. Y esto no afecta solamente a los obreros industriales o del transporte. El trabajador de la salud, el bancario, el oficinista, el docente, el dependiente de comercio, el portero de un edificio, etc.; todos ellos se ven, siquiera parcial y localmente, como eslabones imprescindibles de la organización y administración de la sociedad. Esta percepción sobre su papel en la sociedad es exclusiva de la clase obrera y no la comparte con ninguna otra clase social (burguesía y pequeña burguesía).

La clase trabajadora constituye la mayoría aplastante de la sociedad. Es la columna vertebral sobre la que descansa la estructura económica capitalista, haciendo que todo el sistema pro-

ductivo, de transporte y administrativo de la sociedad funcione (o no) cada día.

Las relaciones sociales de producción capitalistas siguen siendo las mismas que hace 40 ó 100 años: los trabajadores se ven obligados a vender su fuerza de trabajo, a trabajar para un patrón por un salario, se les extrae plusvalía y son explotados.

El trabajo asalariado es una condición impuesta al obrero para poder vivir. El obrero no tiene ningún interés personal en su trabajo. Su trabajo es “forzado” y lo que produce se lo apropia otro, su patrón. El obrero debe trabajar *forzadamente* para otro si quiere vivir. Y este es precisamente, como explicamos en un apartado anterior, el punto de arranque de la oposición obrero-patrón y del proceso de toma de conciencia que permite a los trabajadores comprender los intereses de clase opuestos que existen entre ellos y sus patrones, trabajen en empresas grandes o pequeñas, “en blanco” o “en negro”, sean subcontratados o trabajen en la empresa matriz.

Es cierto que durante un tiempo hubo un bajo nivel de lucha sindical en casi todos los países, pero eso ya cambió en muchos de ellos, y en los demás también cambiará: “... [este bajo nivel de luchas] se puede explicar por diferentes causas. El miedo al desempleo jugó un importante papel, especialmente en los primeros años del *boom* que, como ya hemos señalado, fue más parecido a una recesión. La amplia introducción del trabajo a tiempo parcial y de todo tipo de ‘flexibilización laboral’ ha mantenido viva la sensación de inseguridad y ha ejercido un deprimente efecto sobre la militancia y la organización sindical hasta ahora. Por otro lado, los cambios en la fuerza de trabajo han significado una gran pérdida de empleos en la vieja industria pesada que anteriormente eran los bastiones de los sindicatos. La capa de viejos activistas sindicales ha sido duramente golpeada y está descorazonada. Miran hacia atrás y no ven sino

derrotas, careciendo de la capacidad de los marxistas de tener una visión más amplia sobre las perspectivas futuras y la comprensión de la naturaleza de la tormenta que se está acumulando. Careciendo de cualquier comprensión real de la situación, tienden a culpar a la clase obrera de sus problemas. Era justo lo que pasaba antes de Mayo del 68, que vino a ser como un rayo en un cielo despejado, en el pico más alto de un *boom*.

“Mientras que los activistas más veteranos están desorientados y desganados, las nuevas capas de la juventud, que están destinadas a jugar un papel clave en las luchas futuras, carecen de experiencia y aún no han encontrado su sitio. Ellos sufrirán la peor explotación a manos de los patronos y tienen una reserva inagotable de energía y de espíritu combativo. Se organizarán en el curso de las batallas venideras y estarán muy abiertos a las ideas revolucionarias” (Alan Woods y Ted Grant, *El ciclo económico y la lucha de clases* Abril 1999).

El marxismo y la lucha por reformas

Durante décadas, los reformistas dentro del movimiento obrero nos han acusado a los marxistas de despreciar la lucha por reformas en la sociedad capitalista en favor de la clase obrera.

Esto es una falsedad evidente que es lanzada conscientemente para presentar a los marxistas como lunáticos y sectarios preocupados de los problemas cotidianos que sufren las familias trabajadoras. Los marxistas no nos diferenciamos de los reformistas porque rechazamos las reformas. Al contrario, nosotros somos los luchadores más consecuentes por las reformas, pero damos a esta lucha un contenido de clase y socialista, a diferencia de aquellos.

Hemos explicado que la sociedad capitalista se basa en la explotación de la clase obrera y del resto de clases y capas oprimidas de la sociedad a manos de la clase capitalista. Ésta sólo puede tolerar aquellas reformas que no cuestionen su domina-

ción y sus privilegios en esta sociedad. Los marxistas utilizamos la lucha por reformas como una palanca para impulsar la lucha de clases hasta su conclusión final, para fortalecer la conciencia de clase de los trabajadores, su confianza en su fuerza y en ellos mismos. Los reformistas, en cambio, autolimitan su actividad y la de las masas trabajadoras a lo que el capitalismo puede dar de sí en cada momento, sin cuestionarlo bajo ninguna circunstancia; es decir, sin cuestionar la propiedad de los capitalistas ni sus beneficios.

Es verdad que, en una época de *boom* económico donde sus beneficios crecen a espuertas, los capitalistas se pueden permitir conceder algunas migajas a los trabajadores; migajas que nunca son gratuitas, y que son obtenidas a través de la lucha, trabajando duro, echando horas extras, arruinando la salud y sacrificando parte de la vida familiar.

Pero, ¿qué ocurre cuando los negocios les van mal a los capitalistas, o éstos ya no pueden mantener ciertas reformas concedidas anteriormente a los trabajadores? En esa situación, los dirigentes reformistas en los sindicatos y partidos obreros se limitan a servir de correa de transmisión de los intereses capitalistas. Al no cuestionarse los intereses de los capitalistas se ven obligados a abandonar la lucha por reformas y a justificar la puesta en vigor de contrarreformas contra los intereses de la clase obrera. ¿No ha sido acaso ésta la realidad que hemos presenciado en los últimos años en todo el mundo?

Todo esto ha venido acompañado, además, de una política consciente de desmovilización de los trabajadores, de aceptación de la pérdida de poder adquisitivo de las familias trabajadoras en años anteriores, dinamitando aquellas luchas que cuestionaban su política de pactos y consensos con los gobiernos y las patronales. Aquí es adónde conduce la política reformista: a aceptar lo que hay, a frustrar las aspiraciones de los

trabajadores, a disminuir su confianza en sí mismos y en su fuerza, a debilitar su conciencia de clase. Esta es una de las causas principales que explica la desmovilización social en años anteriores en muchos países, el bajo nivel de luchas habidas, y el que la clase obrera hubiera pasado a un segundo plano en el protagonismo social; y no los cambios operados en la composición social de los trabajadores.

Para los marxistas las luchas cotidianas por reformas son imprescindibles para lanzar a la movilización al conjunto de la clase obrera, no sólo a los sectores más conscientes y avanzados de la misma, sino precisamente a los más atrasados e inertes. De esta manera, la clase trabajadora se une en la lucha y, a través de la experiencia, el conjunto de la clase eleva su nivel de conciencia. La lucha exitosa por reformas sirve para dar confianza a los trabajadores en sus propias fuerzas, para hacerles comprender que son fuertes, que sin su amable permiso no se mueve una rueda ni se enciende una luz; y, al mismo tiempo todo avance en las condiciones de vida y trabajo, en sus barrios, en las leyes, etc., actúan favorablemente en su conciencia y dignidad al hacerlos sentir algo más que meras máquinas de trabajo al servicio de un patrón, para elevarlos a la categoría de hombres y mujeres que piensan y actúan por sí mismos, haciéndoles comprender mejor los objetivos finales por los que luchan.

Lo que nos diferencia realmente a los marxistas de los reformistas es que explicamos sin tapujos a la clase obrera que lo que hoy nos da el capitalismo con una mano, mañana nos lo quitará con la otra, que toda conquista es temporal cuando eventualmente cambia la correlación de fuerzas entre las clases, y que la única manera de disfrutar permanentemente de nuestros avances sociales y de mejorarlos indefinidamente es cambiando radicalmente la sociedad capitalista.

Es precisamente la experiencia acumulada en años de permanente tránsito de *boom* económico a crisis, y viceversa, lo que genera incertidumbre ante el futuro, lo que estimula el proceso de toma de conciencia de los trabajadores y lo que, tarde o temprano, hace disminuir en su mente las ilusiones depositadas en este sistema.

Explicamos que, además de la lucha económica o sindical por reformas, hay que luchar políticamente, en las instituciones y en la calle, hasta alcanzar la fuerza necesaria entre los trabajadores y resto de capas oprimidas para expropiar a los grandes capitalistas, y poner los colosales recursos de la sociedad bajo el control democrático de los trabajadores. Así estableceríamos las bases para organizar una auténtica y genuina sociedad socialista, libre de la opresión, miseria, guerras, y destrucción del medio ambiente.

En este sentido, no despreciamos las posiciones que se puedan alcanzar en el Parlamento y en otras instituciones, la utilización de las mismas para defender nuestro programa es de enorme utilidad para tener una mayor resonancia que nos permita agrupar a más capas de la población detrás de nuestras ideas. Pero el trabajo en las instituciones debe ser sólo un complemento útil a la lucha de masas que es la única que hará posible la transformación radical de la sociedad a la que aspiramos.

Todo joven o trabajador sabe por su propia experiencia que sólo mediante la lucha en la calle y la organización de miles y miles en los sindicatos y partidos obreros es cómo se cambian las cosas importantes. Ahí tenemos la experiencia de luchas contra dictaduras en muchos países, las huelgas generales, las movilizaciones sociales de masas contra las guerras, luchas estudiantiles, etc.; y esto es más cierto aún cuando se trata de transformar la sociedad desde arriba hasta abajo.

Es verdad, que pueden pasar décadas sin que las masas de la clase obrera se cuestionen el orden social existente, lo que permite a los dirigentes reformistas y a la burguesía mantener sus puntos de apoyo en una *situación normal* del capitalismo, basándose en la rutina y la inercia de la sociedad.

Pero igualmente la historia también demuestra que hay momentos en que la sociedad capitalista entra en crisis, bajo el peso de sus contradicciones en el terreno económico, político y social que rompen la rutina y la inercia instalada por todas partes, y entonces la mayoría de la gente comienza a cuestionarse el orden establecido abandonando las viejas creencias y prejuicios de toda la vida, buscando organizarse y luchar por cambiar la sociedad.

Es pura ilusión pensar que poco a poco, gradualmente al cabo de muchos años, se podrá conseguir una mayoría suficiente en un parlamento burgués para, a partir de ahí, poder afrontar cambios revolucionarios en la sociedad capitalista. Ni la historia ni la conciencia humana se comportan de esta manera gradualista. Al contrario, sólo en una situación de fermento revolucionario es posible que una organización marxista y revolucionaria que se propone servir de instrumento para transformar la sociedad pueda obtener una mayoría suficiente en las instituciones políticas burguesas, ayudar a la clase obrera a crear paralelamente sus propios órganos de poder obrero (comités de lucha en cada fábrica y empresa, en los barrios y ciudades, etc.) y, junto con la presión en la calle, instaurar un gobierno de la clase obrera que lleve a cabo la expropiación de los monopolios, la Banca y los latifundios para iniciar la transformación socialista de la sociedad.

Socialismo o barbarie

El marxismo tiene el mérito de haber aportado al conocimiento humano un método de análisis científico para comprender la historia y, muy particularmente, de haber elevado a un nivel consciente la lucha de la clase obrera contra la explotación capitalista.

La historia de los últimos 200 años ha conocido innumerables panaceas políticas que han tratado, cada cual a su modo, de *salvar* a la clase obrera sin comprender la naturaleza de la misma ni del propio sistema capitalista, al que condenan como una maldición producto del “egoísmo humano y del deseo de acumular dinero”. Para el marxismo, en cambio, la existencia del capitalismo ha sido una etapa necesaria e inevitable – aún con todos sus crímenes y horrores – en el largo y espinoso camino de la humanidad hacia su auténtica liberación. Sólo con un alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura podrá erigirse una nueva sociedad digna de ser llamada humana.

El capitalismo, utilizando los eslabones dejados por las sociedades humanas que quedaron atrás, ha creado las bases para erigir esta sociedad. Sin estas bases, que comprenden el extraordinario desarrollo alcanzado por la industria, la agricultura, los descubrimientos científicos, las comunicaciones y la cultura, la humanidad continuaría vegetando en la escasez y la mezquindad.

“Este desarrollo de las fuerzas productivas (...) constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la escasez y, por tanto, con la pobreza, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la inmundicia anterior” (Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, pág. 36. Ed. Grijalbo).

Mientras que en las sociedades anteriores al capitalismo se podía justificar la existencia de una capa minoritaria y ociosa de la población, que vivía del trabajo excedente producido por la mayoría, para que dispusiera de tiempo para hacer ciencia, tecnología, filosofía, cultivar las diversas artes, y así hacer avanzar la sociedad sobre las espaldas de millones de hombres y mujeres explotados y oprimidos, bajo la moderna sociedad capitalista ya no existe ninguna justificación para que esto continúe así. Al igual que ocurrió con el sistema esclavista y con el sistema feudal, el sistema capitalista, si bien ha jugado un papel tremendamente revolucionario, se ha convertido ya en un sistema agotado, caduco y obsoleto que amenaza con conducir a la humanidad hacia la barbarie, y al que es preciso sustituir por un sistema social superior, el socialismo.

El control asfixiante que ejercen a nivel mundial un puñado de grandes monopolios, multinacionales y bancos para mantener los beneficios y privilegios de unos cuantos grandes capitalistas se ha convertido en una pesadilla que asola la vida de millones de seres humanos en todo el mundo. El 80% de la humanidad vive en condiciones de pobreza y miseria crecientes. Si entre 1960 y 1970 la población que vivía con menos de un dólar al día era de 200 millones de personas, hoy son 1.500 millones,^[6] y 2.800 millones sobreviven con 3 dólares diarios. Más de 1.000 millones de personas padecen subalimentación crónica y cada día mueren 25.000 de hambre, según datos del Fondo para la Agricultura y la Alimentación (FAO), dependiente de la ONU. Estas cifras contrastan con el dato de mismo organismo de que en el mundo se producen cada año alimentos para dar de comer a 12.000 millones de personas, es decir, al doble de habitantes con que cuenta el planeta. En el polo opuesto, y según la propia ONU, poco más de 200 personas en todo el mundo

⁶ Cifras del Banco Mundial, 2010.

tienen en conjunto los mismos ingresos que 3.000 millones de seres humanos. Entre 1960 y 1993 la parte de la riqueza del 20% de los países más ricos del planeta pasó del 70% al 85%. Según los datos del FMI,^[7] este porcentaje alcanzó un asombroso 92% en el 2010. Mientras, la parte de la riqueza del 20% más pobre retrocedía del 2,3% en 1960 al 1,4% en 1993, para caer hasta un pavoroso 0,09% en el 2010, según los datos de la misma fuente. 150 millones de niños viven en la calle y hay más de 350 millones de niños a los que se obliga a trabajar.^[8]

En 1980 la deuda total de los países subdesarrollados era de 600.000 millones de dólares, en 1990 era de 1,4 billones y en 1997 era de 2,17 billones de dólares. Las últimas cifras publicadas por el Banco Mundial en 2006 la situaban en 2,85 billones de dólares. En apenas 15 años la deuda de estos países ¡se duplicó! Sólo en 2005 estos países pagaron 510.832 millones de dólares de deuda pero sólo recibieron 106.000 millones de las llamadas “políticas de desarrollo” de las que tanto se enorgullecen los gobiernos occidentales. Estos países han reembolsado catorce veces el monto de 1980 y aún así se encuentran cinco veces más endeudados.

Los últimos veinte años se han caracterizado no sólo por la polarización de la riqueza entre los países desarrollados y los subdesarrollados (Norte y Sur), sino también por la enorme brecha abierta entre ricos y pobres. La pobreza ya no es exclusividad del mundo subdesarrollado: en Europa hay 84 millones de pobres, el 17% de la población (Comisión de Salud y Bienestar de la UE, 2010) y en EEUU 47,4 millones, el 15,8% de la población (Oficina del Censo de EEUU, Octubre 2009). 400 individuos en los EEUU poseen ahora más ingresos que el 50%

⁷ <http://es.wikipedia.org/wiki/FMI>

⁸ Informe UNICEF 2008

más pobre del país; esto significa que 400 personas tienen más riqueza que 160 millones de personas juntas.^[9]

Por otro lado, la aparición del desempleo masivo está minando las bases estables, las reservas sociales que se crearon tras la II Guerra Mundial en los países capitalistas. Según las cifras oficiales de la ONU, el desempleo mundial alcanza a 200 millones de personas, pero otras estimaciones independientes lo sitúan realmente en cerca de 1.200 millones. Pero este desempleo no es desempleo cíclico, ni se puede definir como el ejército de reserva que en tiempos de recuperación económica es absorbido. Se trata de desempleo estructural, que permanece en las épocas de *boom* y aumentará en la próxima recesión de la economía.

En la época actual, el retroceso de las condiciones laborales de la clase obrera en todo el mundo, sólo puede compararse a una auténtica contrarrevolución. En los EEUU los salarios, ajustados por la inflación, han permanecido congelados desde 1975; mientras que la productividad de los trabajadores norteamericanos se ha incrementado cerca de un 100% desde 1973^[10]

El obrero de EEUU trabaja actualmente una media de 350 horas extras al año, lo que corresponde a casi dos meses de trabajo adicional al año. Mientras que a principios de los 90 de siglo pasado un obrero estadounidense trabajaba 41 horas semanales, actualmente trabaja 47. La precariedad laboral ha llevado a un aumento pavoroso de los accidentes y muertes laborales. Cada día en el mundo mueren 6.300 trabajadores por accidentes y enfermedades laborales, lo cual representa 2,3 millones de trabajadores fallecidos al año, según la Oficina Internacional del

⁹ John Peterson. Notes on the Class Struggle in the USA, Junio 2011.

¹⁰ Íbidem

Trabajo (OIT).^[11] Sólo en la *avanzada* Unión Europea mueren 167.000 trabajadores, según la misma fuente.

Precisamente, las desregulaciones del mercado laboral, el abaratamiento del despido, la precariedad laboral, persiguen sólo un objetivo, obtener más plusvalía absoluta y relativa de la clase obrera, y hacer más competitiva la producción reduciendo los costes laborales y aumentando los beneficios.

El hambre insaciable por los beneficios ha llevado a un aumento creciente de la economía especulativa, a costa de la economía productiva. Si en 1971 el 90% de las transacciones internacionales estaban relacionadas con la economía productiva, actualmente el 98,7% de las transacciones son especulativas (compra-venta de divisas, apuestas para adivinar los precios futuros de las materias primas y de las divisas, compra-venta de acciones de empresas, préstamos usurarios para inversiones de alto riesgo, etc.), y todo esto sin crear un solo átomo de riqueza real.^[12] Diariamente se mueven más de 4 billones de dólares en los mercados de divisas,^[13] setenta y seis veces el intercambio de mercancías,^[14] equivalente al 43% de la suma de las reservas de todos los bancos centrales del mundo, estimadas en 9,3 billones de dólares según el FMI.

El capitalismo es un sistema social condenado por la historia. Las guerras, las enfermedades que asolan países enteros, el hambre o los desastres ecológicos no sólo no disminuyen sino que aumentan año tras año. Incluso en los países capitalistas más desarrollados estamos viendo cómo desaparecen conquis-

¹¹ Accidentes laborales ocasionan miles de muertes en países europeos, (www.cadenagramonte.cu 28 abril, 2010)

¹² Datos elaborados a partir de las estadísticas de la Organización Mundial de Comercio (Comunicado de prensa de la OMC del 7 de abril de 2011)

¹³ www.divisasfx.com

¹⁴ Íbidem nota 2

tas históricas de las familias trabajadoras que costaron años conseguir, instalándose por todas partes la precariedad en el empleo, largas jornadas de trabajo y una sensación de incertidumbre ante lo que nos depara el futuro.

Hace veinte años la burguesía mundial, sus agentes en los gobiernos capitalistas y sus plumíferos en los periódicos burgueses, anunciaban como a un mesías la llegada de un “Nuevo Orden Mundial”, que traería la paz, la prosperidad y la fraternidad universales, tras la caída del estalinismo. Hoy, veinte años después, hemos podido presenciar en qué se han quedado todos esos fuegos artificiales. Sólo en ese lapso (por no remontarnos más atrás en el tiempo) hemos sido testigos de dos bárbaras guerras imperialistas en el Golfo Pérsico que se han cobrado la vida de cientos de miles de personas; la brutal desmembración de Yugoslavia por el imperialismo; la devastación de Afganistán, la masacre de millones de personas desatada por las bandas de matones en Ruanda, Burundi, Congo, Liberia, Costa de Marfil, Angola, etc., armadas y financiadas por las diferentes multinacionales para controlar los recursos productivos de estos países africanos; las masacres perpetradas por la burguesía indonesia en Timor oriental, la pesadilla de sangre y el horror con que la podrida camarilla gobernante en Rusia ha anegado al pueblo checheno y la burguesía sionista al pueblo palestino; por citar sólo algunas de las *heroicidades* que los imperialistas y sus agentes en todo el mundo han perpetrado contra millones de seres humanos, en aras de salvaguardar *su* civilización y *su* “Nuevo Orden Mundial”.

La clase obrera y el socialismo

Como hizo la burguesía en su juventud contra el feudalismo, corresponde ahora a la clase obrera dirigir la lucha contra este sistema y sus sostenedores.

La clase obrera está llamada a ser la sepulturera del sistema capitalista. Su papel en la producción capitalista y sus particulares condiciones de vida y de trabajo hacen que ninguna otra clase o capa oprimida de la sociedad pueda sustituirla en esa tarea.

Las clases medias, por su heterogeneidad, modo de vida y papel en la producción, están orgánicamente incapacitadas para comprender la auténtica naturaleza del sistema capitalista. Debido a su posición en la sociedad y su trabajo aislado, no se enfrentan a un enemigo de clase directo. Todos sus *males* parecen provenir de la incapacidad o de la mala voluntad de los gobernantes, o de la *cólera divina*.

Los obreros, en cambio, ven la fuente de sus males en su patrón, que es el que les baja el salario, el que les obliga a echar horas extras, el que les explota y el que les despide. Para defenderse necesitan de la máxima unión entre todos los compañeros de trabajo, de ahí su mentalidad solidaria, colectiva y antiindividualista. Sus propias condiciones de trabajo refuerzan esta mentalidad. Todo proceso productivo necesita, para funcionar, la implicación de todos los obreros de la empresa. Cada uno de ellos es un eslabón necesario en el proceso productivo. Esa interdependencia mutua en el proceso de trabajo refuerza dicha mentalidad colectiva.

La lucha de los trabajadores de cualquier empresa pone de manifiesto una ley muy importante de la dialéctica: el todo es mayor que la suma de las partes. La fuerza combinada de los obreros en una empresa luchando por los mismos intereses es mu-

chísimo mayor que la presión aislada de cada uno de ellos, que es la situación en que se coloca el pequeño burgués de clase media.

El socialismo es la ideología natural de la clase obrera. Cuando la lucha de los obreros contra el patrón de su empresa llega a su punto más agudo, se producen ocupaciones de empresas o se retienen a los directivos en su interior. En esos momentos es cuando se pone de manifiesto “quién manda aquí”. La idea de expropiar al patrón y el sentimiento de que la empresa debe ser de propiedad común entre los trabajadores nace, en un momento determinado, como un desarrollo natural de su conciencia. La idea de la propiedad común nace de su condición obrera. Para que la empresa pueda seguir funcionando, no se puede dividir en trozos y repartir entre los trabajadores, sino que debe mantenerse unida trabajando todos en común.

También toda huelga general pone sobre la mesa, pero a un nivel superior, “quién manda aquí”, y la identidad de intereses de clase entre todos los sectores de la clase obrera. Más aún en una situación revolucionaria.

La propia división del trabajo en la economía capitalista, y la interrelación de todos los sectores económicos entre sí, hace extender esta misma idea para el conjunto de las fuerzas productivas. De ahí que la expropiación de toda la clase capitalista, y su control y dirección en común por toda la clase obrera, representa sólo una generalización sacada de la experiencia de los obreros con cada empresa particular.

Las condiciones de vida que crea el capitalismo, establecen las bases para la futura sociedad socialista. Mientras que en la vieja economía agraria cada familia tenía su casa, su pozo, sus propios medios de alumbrarse, de alimentarse y vestirse, y sus condiciones de vida particulares, hoy las familias obreras viven en común (ciudades, barrios), con un sistema de electrificación,

de conducción de aguas, de telefonía, de transporte público, y de adquisición de medios de consumo, comunes. Todo esto refuerza aún más esa mentalidad colectiva y socialista en la conciencia de las familias obreras.

El capitalismo es un sistema mundial. La división del trabajo establecida por la economía capitalista a lo largo y ancho del planeta liga indisolublemente los países y los continentes unos con otros. Ningún país, ni siquiera los más poderosos y desarrollados pueden escapar al dominio aplastante del mercado mundial. Los Estados nacionales, igual que la propiedad privada de los medios de producción, se han convertido en obstáculos formidables que estorban el desarrollo de las fuerzas productivas. Ambos son los causantes de las crisis económicas, de las guerras y de los odios nacionales entre los diferentes pueblos. Su eliminación es la condición básica para comenzar a solucionar los problemas y las calamidades que la humanidad tiene ante sí.

La clase obrera es una clase mundial. El mismo tipo de explotación, los mismos problemas y los mismos intereses ligan a la clase obrera en todo el mundo. El internacionalismo proletario, que se ha puesto de manifiesto incontables veces en más de 170 años de explotación capitalista – con la construcción en diferentes momentos de organizaciones obreras internacionales y revolucionarias, así como en la solidaridad con la lucha contra la explotación capitalista en innumerables países, no es una mera consigna de agitación sino la base imprescindible para unificar la lucha de la clase obrera mundial, para luchar por la transformación socialista de la sociedad en todo el planeta, pues sólo a nivel mundial se dan las condiciones para construir el socialismo.

Las grandes empresas multinacionales y los modernos medios de transporte y de comunicación unifican las fuerzas producti-

vas y relacionan a los seres humanos de una manera nunca vista antes en la historia y permiten, por primera vez, planificar de manera armónica y democrática los recursos productivos en interés de toda la humanidad, y no de un puñado de parásitos y privilegiados como ha ocurrido hasta ahora.

Una revolución socialista triunfante en un solo país tendría efectos electrizantes en la conciencia y en las perspectivas de los trabajadores de todo el mundo, particularmente si se tratara de un país importante, y sería la antesala de la revolución socialista mundial.

Es verdad que en una época *normal* de la sociedad capitalista no están todas estas ideas presentes en la conciencia de la mayoría de la clase obrera. Para ello hace falta experiencia, una situación revolucionaria que rompa la rutina y la inercia de la sociedad, y un partido marxista con influencia entre las masas que ayude al conjunto de los trabajadores a sacar las últimas conclusiones de dichas experiencias revolucionarias.

La enorme contribución de Marx y Engels a la causa de la clase obrera no fue haber inventado una panacea social para acabar con la injusticia en este mundo, sino haber comprendido y sacado a la luz los intereses inconscientes que revelaba la lucha de la clase obrera contra la explotación capitalista, para hacer así consciente a la clase obrera de los objetivos históricos que se derivaban de esta lucha, los cuales sólo pueden concluir con la transformación total de las relaciones de producción capitalistas y su sustitución por unas nuevas relaciones de producción sin explotadores ni explotados en el marco de una sociedad socialista.

Sólo con la desaparición de la propiedad privada y la planificación en común de las fuerzas productivas creadas por el ser humano, podrá avanzar la humanidad hacia su auténtica liberación, preservando las conquistas que ha atesorado durante toda

su historia en el terreno de la tecnología, la ciencia, el pensamiento y la cultura, para elevarlas indefinidamente.

Lunes 17 de Octubre de 2011

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

